

# Jengo el malo

Alejandra Osorio

Ilustración: Herber Crispin



loqueleo







[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

Título original: Jengo el malo

© 2016, Alejandra Osorio

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. A.

26 avenida 2-20, zona 14, ciudad de Guatemala. Guatemala, C. A.

Teléfono: (502) 24294300. Fax: (502) 24294343

ISBN: 978-9929-723-21-4

Impreso en:

Primera edición: abril de 2016

Este libro fue concebido en La factoría de historias, un espacio de creación colectiva que convocó a un grupo diverso de escritores e ilustradores y que fue coordinado por **Eduardo Villalobos** en el Departamento de Contenidos de Editorial Santillana. Luego de las discusiones, cada autor se encargó de dar forma al anhelo y las búsquedas del grupo.

**Jengo el malo** fue escrito por **Alejandra Osorio** e ilustrado por **Herber Crispin**. La gestión y coordinación creativa estuvieron a cargo de **Alejandro Sandoval**. Los textos fueron editados por **Julio Calvo Drago**, **Alejandro Sandoval**, **Julio Santizo Coronado** y **Eduardo Villalobos**. La corrección de estilo y de pruebas fue realizada por **Julio Santizo Coronado**. Diseño de cubierta: **Herber Crispin**. Coordinación de arte y diagramación: **Sonia Pérez**.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# **Jengo el malo**

Alejandra Osorio

loqueleg









*Para todo el que se ha sentido  
como Jengo alguna vez*



¿Te han contado tus padres o tus abuelos alguna historia en la que el malo sea el personaje más importante? Suena extraño, ¿verdad? Parece que todos les restan valor a los villanos. Parece que los malvados no tienen más opción que serlo. Todo el mundo alaba a los héroes. No dejan de hablar de sus grandes hazañas, belleza y todo cuanto los rodea. Además, a menudo da la impresión de que todos los malos de la historia son feos, viejos y que se ríen de manera extraña.

A muchos no les importará este asunto, y quizás ni siquiera deseen mencionarlo o

tomarse el tiempo para pensar en él. Pero a mí sí me interesa mucho. Me desagradaba nunca encontrar en los libros la explicación al porqué de la maldad del enemigo del héroe. Quizás nadie lo entendía, o sencillamente nació con una sonrisa malévolamente dibujada en el rostro. Tal vez nunca supo que era el malo de la historia.

Ahora les explicaré por qué me molesta tanto. Bueno, se debe a que aquí, en la selva, yo soy el ruin, el villano, el malo.

No soy ningún anciano decrepito, como describen a los malvados en los cuentos; en realidad, soy bastante joven. Y tampoco tengo una risa fuera de lo común, pues no creo que mi croar sea raro en absoluto. Así que todo eso queda descartado. Solo me hace falta mencionar la fealdad. Por mucho tiempo lo creí, era lo único que explicaba por qué todos huían de mí. Pero

esa idea quedó fuera de mi mente cuando dejé de ser renacuajo, el día que me vi por primera vez reflejado en un charco. Mi piel es de un dorado intenso y mis ojos son enormes. No es por presumir, pero nunca he visto una rana más apuesta que yo.

Yo nunca pedí ser el malo de la historia. Aparentemente, nació siéndolo. En la selva, las ranas no tenemos buena fama; y me re-

13



fiero a las ranas venenosas. Soy consciente de que nadie puede tocarme sin envenenarse y que una sola gota de mi sudor podría mandar al veterinario a los animales más grandes. Pero esto no es algo sobre lo que yo pueda ejercer control o que siquiera me dieran a elegir. Nací venenoso.

A pesar de ello, nunca se me había cruzado por la cabeza *ser* malo. Después de todo, mis padres me enseñaron a no decir mentiras, a no jugar con mi baba venenosa y a compartir siempre mis moscas y mis hormigas con otras ranitas. Pero los otros animales huían de mí cada vez que me presentaba, y siempre decían: «No te acerques a Jengo, es malo».

Hoy, sin embargo, será un día diferente. Desde hace semanas he estado pensando y organizando un plan maestro para hacer amigos. En múltiples ocasiones, he

tratado de entablar una conversación, pero en cuanto ven mi color dorado se alejan corriendo y gritando por sus vidas. Esas situaciones me enseñaron dos cosas: 1. Todos piensan que soy un malvado. 2. Necesitaba cambiar de color.

Ahora bien, alterar mi apariencia es más complicado de lo que suena. Es como si le quisieras borrar las manchas a un ocelote o hacer que el mono colorado fuera negro. O por lo menos eso pensaba hasta el día que vi una enorme charca lodosa cerca de mi casa. A partir de entonces, desarrollé un plan del cual esperaba salir victorioso: dejaría de ser una rana venenosa.

Fui saltando hasta dar con un enorme charco burbujeante, del más apestoso fango que se puedan imaginar. Por un segundo dudé en saltar dentro de él, pero muy en el fondo sabía que esa era la única op-



ción. Era mi última oportunidad para no ser detestado, para no ser temido, para no ser Jengo el malo. Así que salté.

No fue como nadar en las aguas cristalinas a las cuales estoy acostumbrado. Era pegajoso y completamente asqueroso. Aun así tomé un poco con una de mis patas y comencé a pintarme con lodo. Tardé unos cuantos minutos hasta quedar completa-

16



mente seguro de que estaba bien emba-  
durnado.

Salté fuera del charco de lodo y me di-  
rigí a gran velocidad hasta mi casa para  
observarme en un pedacito de espejo que  
algún humano olvidadizo había dejado  
tirado cuando visitó la selva. Cuando me  
vi, ¡casi no me reconocí! Por supuesto, aún  
mantenía mis seductores ojos enormes y  
saltones. Pero el resto de mi cuerpo ya no  
brillaba, ahora tenía un simple y común  
color café. Sin olvidar ese exquisito y apes-  
toso aroma que ahora me rodeaba.

17

«Solo espero que mi plan funcione»,  
pensé.

Decidí saltar hasta el abrevadero, el  
punto de reunión de los tigrillos, jabalíes,  
osos hormigueros, tapires y de los famo-  
sos monos araña, que parecen volar entre  
los árboles gracias a su enorme agilidad.

Era el lugar perfecto para hacer amigos, especialmente ahora que llevaba puesto mi disfraz. Nadie podría reconocerme.

Recorrí los caminos de la selva, pero con extremo cuidado para no tocar nada y así evitarle una visita al médico a algún animal. Después de varios saltos, observé frente a mí una pequeña laguna de agua transparente. A su alrededor había flores hermosas y plantas de hojas gigantescas.

Hacía calor, y por esa razón muchos animales se habían reunido en el abrevadero. Salté con timidez, pero aun así algunos volvieron a verme, pero de inmediato regresaron a sus conversaciones. Suspiré aliviado. Mi disfraz estaba funcionando.

Ahora comenzaba la parte difícil. Nunca en mi vida había tenido un amigo, y desde que me separé de mi familia en la corriente del río, apenas había podido cru-

zar dos palabras con otro animal. Así que realmente estaba nervioso, y cuando me siento así, me dan ganas de comer. Fui saltando hasta dar con un hormiguero repleto de hormigas. Entonces, saqué mi larga y babosa lengua para atraparlas una por una. No me percaté del momento en que un extraño animal de dos colores se acercó. Su boca era alargada y de ella salía una lengua muy parecida a la mía. Era color crema, pero su lomo era negro. Me sonrió, o al menos eso creo. Ningún animal me había visto de una manera tan amigable.

19

—Hola, no te había visto por aquí —dijo el oso hormiguero.

—Soy nuevo en la selva —mentí por temor a ser reconocido.

—Entonces tengo el honor de darte la bienvenida. Me llamo Chungu, ¿y tú?

—Soy...



Y en ese momento me di cuenta de que no había pensado en un nombre. Si decía Jengo, todo mi plan se echaría a perder porque me reconocerían. Así que dije lo primero que se me cruzó por la cabeza.

—Jango.

Lo sé. No es nada creativo. Pero Chungu no se dio cuenta de esa situación, simplemente me sonrió y dijo que éramos «hermanos de almuerzo». «Así que esto es lo que se siente tener amigos», pensé. Había un calorcito dentro de mí y estoy seguro de que no lo causaba el sol que brillaba intensamente sobre nosotros. Por primera vez, mi sonrisa recibió otra en cambio. Chungu siguió hablándome acerca de la selva mientras continuábamos almorzando nuestras deliciosas hormigas.

Todo parecía ir de maravilla hasta que, de repente, el rostro del oso hormigue-

ro mostró preocupación. Por un segundo temí que mi identidad hubiese sido descubierta, pero al ver mis patas noté que seguían cafés.

—Jango, compadre, ¿todo está bien?

—Sí, ¿por qué preguntas? —dije preocupado.

—Pareciera que te estás quebrando.

Salté hasta el agua con cierta dificultad, pues algo me impedía moverme con agilidad, para ver de qué estaba hablando el oso hormiguero. Al instante, quedé petrificado con lo que vi reflejado. El lodo que cubría mi cuerpo estaba completamente seco y pedazos de este se estaban cayendo. A lo lejos podía observar el intenso dorado de mi verdadera identidad venenosa. Tenía que salir de allí lo más rápido posible, pero el lodo seco entorpecía mis movimientos.

Al darme la vuelta, vi que Chungu estaba cerca de mí, demasiado cerca para su seguridad. Él comenzó a estirar su pata en mi dirección, como si tratase de ayudarme. Eso causó que yo saltase hacia atrás. No podía dejar que me tocara y que terminara envenenado por intentar ayudarme. Lamentablemente, al moverme hacia atrás caí en el agua...

23





Al salir del agua comencé a escuchar gritos de pavor. Todos los animales corrían como si hubiesen visto a un cazador.

—¡Jengo el malo! —gritaban todos.

Sin embargo, esto no me dolió tanto. Lo que terminó por hacerme llorar fue el rostro de pánico de Chungu. Sin que este pudiese decir algo, me fui saltando hasta mi casa. Salté con fuerza y gran velocidad, sin volver a ver. Quizás algunos animales simplemente no nacimos para tener amigos. Probablemente yo no servía más que para causar miedo. Tal vez era en verdad un malvado villano.

Al llegar a casa me eché en mi cama de hojas y seguí llorando hasta que mis ojos saltones no pudieron producir más lágrimas. Luego agarré el pétalo de una flor que utilizaba como diario y escribí mojan-do una piedra fina con mi baba:



«Jengo:

1. Horrible
2. Temido
3. Triste
4. Sin amigos
5. Malo»

## II

Recuerdo que después de llorar profusamente, me quedé completamente dormido. Desperté varias horas más tarde cubierto por un pétalo. Había olvidado lo que escribí. Al abrir mis ojos como soles, leí la lista que me describía. Suspiré. Esas palabras solo decían la verdad sobre Jengo el malo. Después de todo, eso es lo que todos pensaban sobre mí. Y era el momento de que aceptara mi realidad.

Leí tantas veces la lista, que terminé memorizando cada una de las palabras que aparecían en ella. Todas me parecían una correcta descripción; excepto una:

«horrible». Aclaro que tampoco quiere decir que me sintiera cómodo con las demás.

Me levanté con pereza de mi cama y salté hasta el pedacito de espejo que tenía. Entonces me observé. Traté de buscar los más pequeños detalles que me podrían hacer ver horrible, pero no los encontraba. No tengo pelo que se mantenga constantemente desaliñado o lleno de suciedad, sino una suave y brillante piel dorada. Mi ojos son saltones y grandes, no tanto como los de una mosca o como los de muchos animales nocturnos. Siempre he pensado que tienen el tamaño perfecto.

Con mis patas delanteras agarré mi boca y la estiré completamente. Pude ver mi larga lengua viscosa y nada más. No parecía algo aterrador; claro está, olvidando el hecho de que mi baba es venenosa. No tengo colmillos gigantescos como va-

rios animales de la selva. En realidad no tengo dientes, por eso tengo que tragar mi comida entera.

Seguí revisando cada parte de mi cuerpo: patas, dedos, espalda... pero simplemente no hallaba nada que me pareciera horrible. Quizás los otros animales podían verlo, pero siendo honestos, a mí me gusta mi apariencia. No creo que parezca malo.

29

Talvez si cambiara mi apariencia nuevamente podría representar el papel que todos me asignaron: malévolo villano. Salté fuera de mi casa y recolecté varios objetos. Los llevé nuevamente delante del espejo y comencé mi trabajo.

Até unas hojas secas a mi espalda con un tallo. Me pinté unas líneas rojas en la cara con la tintura natural de una flor. A una piedra con forma de media luna le pinté unos enormes colmillos con mi baba



y luego me la metí a la boca. Me paré frente al espejo y me inflé como un globo para parecer más amenazador.

Allí estaba con las hojas en la espalda, la cara pintada y una roca en la boca. Intenté hacer ruidos como los que hacen los tigrillos, pero terminé croando de una manera muy rara: rooo-ac... rooo-ac... croac.

31

Mis mejillas se comenzaron a hinchar y casi me atraganto con la roca al soltar una enorme carcajada. Dejé mis «dientes» a un lado, me quité las hojas de la espalda y me limpié la cara sin dejar de reír. Algo estaba claro, yo no podía ser feo. Ni el espejo ni yo mentíamos. Así que me quedé un buen tiempo observando mi disfraz.

«Ningún animal me ha dicho feo, ciertamente todos huyen de mí. Pero quizás eso se deba a mi fama de malvado y no a mi apariencia», pensé.



Entonces, un pequeño rayo de sol se filtró y me iluminó. ¡Claro! No hay ningún reglamento para malvados. Indudablemente, describen a la mayoría de villanos como feos y viejos, pero no hay nada escrito que diga que todos deban ser poco agradados.

Quizás yo podría ser el primer villano atractivo.

Con esa idea corrí hasta mi cama, agarré el pétalo y mi piedrita para escribir, taché la primera palabra de la lista y escribí otra en su lugar. Al ver mi trabajo sonreí y leí en voz alta:

«Jengo:

1. ~~Horrible~~ Guapo
2. Temido
3. Triste
4. Sin amigos
5. Malo»

1. ~~HORRIBLE~~ GUAPO:

2. TEMIDO

3. TRISTE

4. SIN AMIGOS

5. VILLANO





### III

Después de ese día, estaba en paz con mi situación. Mis planes de hacer amigos y ser algo más se habían esfumado por completo cuando el lodo se escurrió de mi cuerpo. Si yo no podía ser lo que yo quería, sería lo que todos esperaban de mí. Yo, Jengo, sería malo.

35

Aunque eso es más fácil decirlo que hacerlo. Realmente no estaba acostumbrado a pensar en cosas malas, así que no se me ocurría ninguna idea perversa. Aunque de algo estaba seguro: no usaría mi baba venenosa. Soy un villano malvado, pero no quiero enfermar a todos. Así que, durante



la noche, me dirigí saltando a mi lugar favorito para pensar.

Me detuve cuando llegué delante de una enorme roca blanca junto a un riachuelo. Era un lugar completamente desprotegido y se podían observar todas las luces nocturnas en el cielo. Ciertamente, era una zona peligrosa para cualquier otro animal, pero ningún depredador se atrevería a atacarme.

La brisa nocturna era lo mejor. La podía sentir recorrer todo mi cuerpo mientras su hermano el río cantaba. Me recordó mi infancia, cuando apenas era un renacuajo y no me tenía que preocupar por idear planes malvados para cumplir con las expectativas de todos los animales de la selva.

Los sonidos y el ambiente de este mundo verde me relajaron a tal punto, que no

pude darme cuenta de que algo se acercaba a mí con enorme lentitud, de manera sigilosa.

—¿Qué hace una joven rana aquí a estas horas? —dijo una voz detrás de mí.

Su manera de hablar era extremadamente lenta, con muchas pausas; pero aun así, salí disparado por los aires al escuchar la primera palabra. Me tuve que sostener

38



de la roca para no caer estrepitosamente al riachuelo. Lentamente me recuperé del susto y subí a mi lugar favorito.

Delante de mí había una enorme tortuga. Tenía tantas arrugas en la cara que parecía sonreír. Me pregunté por qué no huía de mí.

39

—No podía dormir —mentí.

—A mí siempre me ayuda a conciliar el sueño una buena historia. ¿Quieres que te cuente una? —dijo la tortuga.

—Señor...

—Kobe.

—Señor Kobe —dije—. ¿Usted no sabe quién soy yo?

—Una pequeña rana que no puede dormir —respondió con una sonrisa.

—Sí, pero soy venenoso...

—¿Qué te parece si comienzo la historia? —me interrumpió.



Yo simplemente asentí. El señor Kobe era el primer animal que me hablaba sin temor a pesar de mirar mi verdadera apariencia. Chungu ya lo había hecho antes, pero él creía que era una rana normal. La tortuga me estaba hablando como si yo no fuese venenoso... ni malo.

—Hace muchas, muchas lunas, cuando las selvas apenas habían nacido, los monos caminaban sobre la tierra como tú y yo. Andaban en cuatro patas, arrastraban sus largas colas y siempre mantenían la mirada fija en el suelo. Nadie pensaba en otra manera de vivir, todos creían que así debían de ser los monos. Pero eso cambió cuando el joven Tumbili volvió a ver al cielo y observó a las grandes aves volar agitando sus poderosas alas. Él dijo que esa era la vida que quería llevar, trepó a un árbol y comenzó a volar a su manera,

de rama en rama. Poco a poco, los otros, que en un principio lo creyeron loco, se le unieron. Y es así como los monos encontraron su hogar en las ramas.

Después de su historia me quedé en silencio por largo tiempo. Ambos mirábamos las luces del cielo y algunas luciérnagas enormes volar por el río; pensaba en esa fabulosa historia.

41

—Señor Kobe, ¿esa historia es verdadera?

—He vivido durante muchos años en esta tierra, pero nunca olvidaría la historia de mi mejor amigo Tumbili, joven ranita.

Mi cabeza estaba a mil por hora, varias ideas se alborotaban en ella desde que escuché la historia de la anciana tortuga. Le agradecí y comencé a saltar hacia mi hogar. Sin embargo, una duda me hizo detenerme. Me volví a ver a la tortuga.

—Señor Kobe, ¿por qué no huyó de mí si sabía quién era?

—Tú no parecías temible —dijo con una sonrisa en el rostro.

42 Me despedí y tuve que aguantar las lágrimas que intentaban escapar de mis enormes ojos saltones. Aunque estas gotitas no eran como las de unos días antes, estas eran diferentes, eran de felicidad.

Salté con gran fuerza y velocidad, por lo que llegué rápidamente a mi casa. Me senté en la orilla de mi cama y me quedé en silencio. En mi cabeza estaba diseñando el plan maestro. Haría algo diferente, algo que no se esperaba de una rana venenosa. Sería como el mono Tumbili, lograría algo maravilloso —y malévolo en este caso—, pero maravilloso.

Pero antes debía encargarme de algo. Tomé el pétalo y la piedrita, y agregué:

«Jengo:

1. Horrible Guapo
2. **NO** temido
3. Triste
4. Sin amigos
5. Malo»



Finalmente, había decidido que yo sería un villano, un malvado como todos me llamaban; sin embargo, lo haría a mi manera. Sería el más atractivo y menos temido que hubiese visto la selva. Haría algo inesperado, como lo hizo el mono de la historia del señor Kobe.

45

Después de mi encuentro con la tortuga, miles de ideas acudieron a mi cabeza. Eran tantas que parecían moscas en un día estival. Poco a poco fui seleccionando aquellas que más me agradaban y logré diseñar mi plan maestro. Yo, Jengo el malo, crearía una máquina que esparciría el po-

len de las flores por toda la selva y causaría que todos los animales se la pasaran estornudando. ¿Qué mejor que narices con mocos para demostrar la villanía de la cual todos me acusaban?

46

Tomé la hoja más grande que encontré y con la piedrita y mi baba me puse a diseñar cada uno de los elementos de mi máquina. Dibujé las uniones, el lugar donde guardaría el polen y la catapulta que serviría para enviarlo en todas direcciones. Mis patitas parecían volar por su propia cuenta. Tenía el ceño fruncido de tanta concentración, y hasta creo que saqué la punta de mi lengua por un lado de mi enorme boca, como lo hacen los pensadores.

Debido a mi gran empeño. Pasé minutos e incluso horas dibujando. Pero cuando finalmente terminé, me sentí comple-

tamente orgulloso. Había algo mágico en diseñar e inventar, algo que en mi vida de rana no había experimentado.

Estudí el plano de mi máquina y noté un pequeño defecto en toda mi idea. Para llevar a la realidad mi plan, necesitaba algunas cosas que no podría encontrar con facilidad. Ciertamente, la madera y las lianas estaban a la vuelta de la esquina, pero requería de un recipiente para el polen.

47

«Podría ir al viejo campamento abandonado. Los humanos siempre dejan cosas olvidadas», pensé.

Tomé una hoja gigantesca con forma de gota, fui en busca de una piedrita puntiaguda y una liana delgada. Doblé por la mitad la enorme cosa verde con mucho cuidado para evitar romperla. Luego, en las orillas, le abrí varios orificios con la roca y en estos metí la liana. Me aseguré



de dejar un espacio abierto en la punta. Con un poco de habilidad até otro pedazo del hilo de la selva para formar un arnés.

48 Me aparté a unos cuantos saltos de distancia para observar mi creación. Realmente disfrutaba de inventar cosas, pero no lo notaba sino hasta ahora. Dejé atrás mis pensamientos, tomé mi recién elaborada bolsa y me dirigí al viejo campamento abandonado. La mayoría de los animales evitaba ese lugar. Es normal, casi todos les tienen miedo a los humanos.

Recuerdo que hace unas lunas pensé que si todos les temían a esos seres extraños y con poco pelo, ellos quizás me aceptarían a mí. Por eso seguí los rumores de los pájaros hasta que di con un grupo de exploradores. Salté a donde se encontraban ellos, esperando que me recibieran con los brazos abiertos, a pesar de que no

hablábamos el mismo idioma. No obstante, lo que logré fue que dos de ellos cayeran de espaldas y que el resto huyera gritando. Desde entonces no he visto a ningún humano en la selva.

En fin, mi mente regresó de inmediato al camino que tenía delante de mí. Brinqué sobre piedras, lodo y varias plantas. Algunos animales me miraban, pero debido a mi color se retiraban rápidamente. En ese momento no me importó. Yo era una rana con una misión. Además, la idea de construir mi máquina hacía que mi corazón de anfibio latiese con más fuerza.

A decir verdad, tardé mucho en llegar al sitio que alguna vez había sido de los humanos. Había olvidado por completo lo lejos que estaba. O quizás mis patas ya no eran tan ágiles como antes. Pero lo importante es que había llegado.

Había menos cosas de las que esperaba encontrar, pero mis patitas comenzaron a tomar todo lo que podían y a meterlo en mi bolsa. Metí un objeto con forma de gota hecho de un material duro, unas cosas que se estiraban mucho y unos cuantos trozos de algo parecido a mi espejo. También guardé otras cosas que no sabía muy bien qué eran ni cómo funcionaban o para qué servían, pero que creí que me podrían ser útiles. Después de eso, agarré mi enorme bolsa repleta y me dirigí a casa.

Salté, salté y volví a saltar. Pero mis patitas parecían no dar más. A mitad del camino tuve que sentarme para recobrar el aliento. Me apoyé contra un árbol y vi que las luces estaban de nuevo en el cielo. Cuando era niño, mis hermanos y yo creíamos que eran bichos, así que tratábamos de alcanzarlas con nuestras lenguas.

Por estar recordando los últimos días con mi familia, no caí en la cuenta de que una enorme criatura se arrastraba cerca de mí, demasiado cerca para su bienestar.

Cuando finalmente decidí retornar a mi camino, me vi rodeado por un cuerpo escamoso amarillento. Mis ojos recorrieron cada una de sus escamas hasta llegar a su cabeza triangular. Su mirada hambrienta estaba coronada por unas escamas en forma de flecos que parecían pestañas.

Suspiré aliviado cuando me di cuenta de que no era una serpiente de vientre de fuego, la única capaz de soportar mi veneno sin enfermar. Ciertamente era un depredador, pero no podía tocarme.

—Croac —dije, para romper el silencio.

Fue entonces cuando la serpiente abrió sus ojos como soles. Retiró su cuerpo, que estaba peligrosamente cerca de mí, y

comenzó a trepar a un árbol cercano. En cuestión de segundos solo podía observar su cabeza triangular.

—Lo lamento —dijo lentamente—. No sabía quién eras. Desde mi árbol no pude ver tu color, porque esa cosa extraña que llevas te cubría.

52

—No te preocupes —respondí.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Generalmente, los animales, incluso los depredadores, huyen al verme. Tú por lo menos me hablaste.

—Los venenosos debemos apoyarnos. Me llamo Nyoka; si necesitas algo puedes buscarme.

Era la primera vez que conocía a otro animal venenoso. Claro está, sin contar a mi familia. Seguramente, ella entendería cómo me sentía debido al trato que me daban los otros animales. Quizás com-

prendería lo solitario que puede llegar a sentirse uno. Sin embargo, esa noche no dije nada. Nos despedimos, pero antes de reemprender mi camino vi que en el suelo había una filosa escama de Nyoka. La tomé entre mis patas y la guardé en mi bolsa. Luego seguí saltando camino a casa.

53

Cuando finalmente llegué, dejé a un lado la bolsa y me arrojé sobre mi cama. Nunca había dormido tan bien como aquella noche. Mi cuerpo estaba muy adolorido de tanto saltar. Sin embargo, mi corazón no paraba de dar brincos de emoción.

Desperté casi de inmediato con el clarear del día. Salté con tanta fuerza que terminé dándome en la cabeza contra el techo de mi casa y luego caí de cara en el suelo. Al levantarme, me di cuenta de que había dejado la cara impresa con mi baba sobre el suelo.

Tomé la bolsa y salí de casa mientras seguía riendo. Fui a buscar palitos y lianas, y regresé lo más rápido que pude. Aproveché para comer unas cuantas hormigas mientras colocaba todos los materiales en una pequeña fila fuera de mi hogar. Extendí el plano de la máquina y comencé a separar los materiales que usaría para cada parte. Después de unos cuantos minutos, comencé a construir. Mi mente estaba completamente absorta en trabajar. Colocaba palos, lianas y hojas. Usaba una piedra para clavar otras más pequeñas en las uniones, y la escama de la serpiente terminó por servirme para cortar los diseños de las hojas y las lianas. Trabajé por horas, sin importar que mis tripas hicieran ruido o que mis patitas me dolieran.

Finalmente, decidí descansar para almorzar unas deliciosas cucarachas. Mien-

tras comía, observé cómo iba mi máquina. Ciertamente hacía falta mucho trabajo y empeño, pero la estructura por fin estaba lista.

Al ver mi trabajo, sentí calor dentro de mí, como si el sol solo entibiara mi corazón. Mi trabajo me hacía feliz. La idea de causar estornudos y un mal rato a los animales no me agradaba, pero el hecho de inventar algo me hacía sonreír. El crear y construir parecía extraño para una rana, especialmente para una venenosa, pero por alguna razón sentí que eso era lo mío. E inmediatamente lo supe.

Salté hasta la casa, tomé el pétalo y la piedra. Taché la palabra *triste* y a su lado escribí otra. Lo leí nuevamente:

«Jengo:

1. ~~Horrible~~ Guapo
2. **NO** temido



3. Triste Feliz
4. Sin amigos
5. Malo»

Habían pasado varios días desde el inicio de la construcción de mi máquina. Solo faltaban algunos detalles, pero eran los de más dificultosa preparación. Até una pequeña roca a un palito y lo estuve usando para arreglar las uniones más pequeñas, pero resultaba un proceso muy lento. «Si tuviese patas más pequeñas podría alcanzar las uniones», pensé.

Después de arreglar parte de la catapulta y romper por quinta vez un palito, decidí ir a buscar algunas moscas para almorzar y quizás alguna piedra pequeña para mi máquina.

De repente, escuché un zumbido extraño y preparé mi lengua. Justo en el momento en que estaba listo para atrapar mi comida, me di cuenta de que era una abeja y desvié mi lengua para evitarla. Sin embargo, esta impactó contra una roca y no pude hacer nada para impedir que la piedra me diera en la cara. El golpe fue tan fuerte que terminé patas arriba viendo luciérnagas.

—¿Estás bien? —dijo una diminuta voz.

Cuando abrí los ojos noté que tenía delante de mí a una abeja que revoloteaba y zumbaba de un lado a otro. Al observarla detenidamente pude ver que mostraba genuina preocupación.

—Sí, no te preocupes. No te lastimé, ¿verdad? —añadí, al recordar que estuve a punto de comérmela.

—No, todo en orden y mis alas están completas.

Ambos nos quedamos en silencio por un brevísimo instante mientras yo me aseguraba de que mi cara estuviese completa. Realmente fue un golpe fuerte, pero no pude dejar de reírme de la impresión que seguramente había causado. Cuando mi risa se extinguió, me di cuenta de que la abeja seguía volando delante de mí.

59

—¿Qué haces por aquí? —pregunté curioso, pues no había visto ningún panal cerca.

—Siendo honestos, muy honestos, escapé de mi colonia.

—¡Qué! —dije asombrado.

La abeja parecía algo apenada, seguramente la incomodé con mi expresión de asombro. Pero me parecía completamente disparatada la idea de dejar atrás a los

animales, o los bichos en su caso, que te conocían y eran parecidos a ti.

—Mi panal era de abejas africanizadas, y ya sabes lo que dicen de ellas... No es que seamos agresivas, simplemente nos gusta cuidar nuestra colonia. No obstante, nuestra reina y los zánganos querían picar a todos aquellos que se acercaran.

60

—Y tú no quisiste hacerlo... y por eso huiste —concluí.

—¡Exacto! Por cierto, mi nombre es Asali Ya Nyuki, pero puedes decirme Asali.

—Yo soy Jengo —respondí.

—¿Y qué hacías por aquí, Jengo?

—Pues, estaba buscando mi almuerzo y algunas piedras pequeñas.

—¡Oh! Entonces debo darte las gracias por no comerme —añadió, por lo que me sentí un poco avergonzado—. ¿Para qué necesita piedras una rana?

Le expliqué a Asali que estaba construyendo una máquina para esparcir polen, aunque, por supuesto, no le expliqué con qué propósito. Ella se emocionó tanto con la idea, que se ofreció a ayudarme a arreglar las partes más pequeñas. Me acompañó hasta mi casa y sentí que mi cuerpo se hinchaba de orgullo al ver cómo la abeja se maravillaba de mi trabajo.

61

Después de charlar por unos cuantos minutos, nos pusimos a trabajar. Resultó que Asali era del tamaño perfecto para trabajar en las uniones más pequeñas de mi máquina. Mientras ella se dedicaba a estas, yo perfeccionaba el sistema de impulso de la catapulta. Así seguimos sin detenernos. Cuando Asali tenía una duda sobre el funcionamiento, yo la aclaraba. Mientras trabajábamos, también hablabamos de otras cosas, como de nuestro lu-

gar favorito en la selva, de qué animales habíamos visto y muchas cosas más. Claro está, evité el tema de mi alimentación, para no herir susceptibilidades.

62

Ciertamente había descubierto que inventar y crear me hacían feliz, pero me sentía mucho más dichoso ahora que compartía mi trabajo con alguien. Creí que era imposible, pero mi corazón daba brincos más fuertes cada vez que compartía algo o reía con Asali. Cuando la noche cayó, temí que la abeja se fuera y nunca más regresase. Sin embargo, me preguntó si podía pasar la noche en mi casa.

Al entrar en mi hogar le arreglé una montañita de hojas a manera de cama y le conseguí agua endulzada y un poco de polen. Creo que ni en sus más extraños sueños, un animal se podría imaginar a una rana y a una abeja hablando toda la noche

hasta quedarse dormidas. Ni siquiera yo podría haberlo imaginado.

Así transcurrieron cinco días, hasta que finalmente terminamos la máquina y de recolectar el polen suficiente para esta. Era de noche para entonces, pero no nos importó. Asali la abeja y yo contemplamos nuestra creación. Todo nuestro esfuerzo estaba puesto en una invención que era tres veces más grande que yo. No podía dejar de sonreír, y, para ser honestos, no recordaba cuándo había sido la última vez que había sonreído tanto en mi vida; sonreí tanto que se me acalabró el rostro.

—Oye, Jengo. Te tengo una sorpresa.

—¿Qué es, Asali? —pregunté curioso.

—Yo también he estado trabajando en un proyecto personal y secreto. Me tardé más de lo que esperaba, pero finalmente lo completé.



No pude decir nada más. La abeja salió volando de casa. Pasaron varios minutos y no regresaba. Estuve a punto de ir a investigar qué sucedía, cuando vi que se aproximaba volando a mí una gran bola verde, la que chocó contra mi pecho. Por un segundo quedé en completo estupor, entonces pude sentir las patitas de Asali sobre mi piel.

—No... —dije, con una voz que apenas era audible.

Salté hacia atrás y vi horrorizado a Asali. Estaba esperando el momento en que esta cayese enferma al suelo, pero ella seguía volando frente a mí como si nada. Simplemente sonreía. Tardé varios segundos en notar que su cuerpo estaba recubierto por un material verde, llevaba sobre la cabeza un casco fabricado con una nuez, y sus alas estaban cubiertas por algo que seguramente era de origen humano.

—Asali... ¿Estás bien? ¿No te sientes enferma?

—Claro que no, bobo. Construí este traje con algunos objetos humanos y otras cosas que encontré en los alrededores. Es un traje protector. Tu veneno no puede dañarme mientras lo esté usando.

65

Después de decir eso, voló hacia a mí y me abrazó con todas sus patitas. Yo me quedé helado, pero poco a poco mi corazón comenzó a brincar en mi interior. Estiré mis patas y la abracé. No pude dejar de llorar mientras, por primera vez en mi vida, alguien me abrazaba. No sé cuánto tiempo estuvimos así, pero a Asali no le importó.

—Jengo, tengo otra sorpresa —dijo mientras nos separábamos y yo intentaba secarme las lágrimas que no cesaban de brotar de mis ojos saltones.

La abeja me tomó de una pata y me guio hacia el interior de mi casa. Me obligó a sentarme en la orilla de la cama mientras ella buscaba algo entre mis cosas. Luego sostuvo entre sus patitas el infame pétalo. Sentí que mi cara se pintaba de rojo al darme cuenta de que Asali lo había leído. Seguidamente, me lo entregó.

—Asali, sé muy bien lo que dice ese pétalo —dije, su mirada seria me indicó que lo leyerá.

Acomodé el pétalo entre mis patas y mis ojos se enfocaron en este. Mi voz tembló mientras leía:

«Jengo:

1. **H**orrible Guapo
2. **NO** temido
3. **F**riste Feliz
4. **CON** Sin amigos
5. Malo»

A la mañana siguiente, desperté y descubrí que Asali no estaba. Por un segundo creí que todo lo que había vivido el día anterior era un cruel sueño y que nada era real. Sin embargo, me tranquilicé al ver que ella había dejado una nota al lado de mi cama. Esta decía que pronto regresaría, pues solo había salido a conseguir un poco de comida.

Salí a comer unas cuantas hormigas y al regresar me puse a revisar el plano de mi máquina. Por momentos me costaba creer que ya estuviese completa. A la hoja donde estaba el diseño agregué: «Mi pri-

mera invención malvada». Al leerlo, me agradó la primera parte; sin embargo, no estaba muy convencido de la parte de *malvada*. Mi máquina esparciría el polen... Pero no quería que, a pesar de su propósito, también la consideraran *mala*.

68

En fin... pensé que en otro momento me dedicaría a buscarle un mejor nombre.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos cuando Asali entró zumbando. Todavía usaba su traje, pero su vuelo era diferente, más lento, diríase triste. No supe qué decir cuando ella se sentó a mi lado viendo los planos. De repente, se levantó volando y me vio fijamente.

—Jengo, ¿tú eres un villano malvado?  
—preguntó agitada.

—Eso es lo que dicen —respondí tan agitado como ella—. No tenía idea de por qué me interrogaba de esa manera.

—Eso escuché en la selva... ¿Y la máquina? En verdad planeas usarla para lastimar a los animales.

—Sí... Pero solo para hacerlos que estornu...

—Me dejaste ayudarte a construir algo así —dijo interrumpiéndome.

69

No pude decir nada más porque Asali salió volando de mi casa. Traté de seguirla, pero debido a su diminuto tamaño la perdí de vista. Regresé y me recosté en la cama. Ella había huido del panal porque no quería dañar a los animales y ahora ella creía que había ayudado a hacer exactamente eso. Podía comprender que se sintiera traicionada... Y eso me dolía. Mi corazón dolía porque finalmente había sentido lo que era la amistad y en cuestión de segundos la había perdido. Una confusión enorme me inundó.

Por un segundo pensé que hubiese preferido no conocer a Asali, para no sentirme de esa manera. Sin embargo, pensándolo bien, agradezco que ella llegara a mi vida aunque fuese por el más pequeño de los instantes.

70

Ya estaba harto, aburrido de que todos me llamaran villano, ruin, malvado y todas esas palabras, y de perder lo que amo porque nací siendo venenoso. ¡Yo no lo elegí! Es parte de lo *que soy*, pero no *quién soy*. Desde ese momento me rehusé a seguir siendo algo que no era. Yo, Jengo, no soy malo.

Salí de mi casa, tomé una de las piedras que me servían como herramienta y comencé a desarmar mi máquina. Seguí golpeándola hasta que una piedrita me cayó en la cabeza y me hizo detenerme. Asali estaba delante de mí, molesta. No pude

reaccionar porque mi máquina comenzó a hacer unos ruidos extraños, las uniones comenzaron a moverse y el recipiente que contenía el polen explotó liberándolo y dispersándolo por los aires. Mis ojos se enfocaron en una enorme roca que se dirigía volando hacia la abeja. Era tan grande que terminaría aplastándola por completo; me preocupé sobremanera.

71

Salté con toda la fuerza de mis patas y empujé a la abeja fuera del peligro. La roca terminó golpeándome, y entonces lancé un quejido. Me quedé viendo hacia el cielo, mientras diminutos puntitos dorados danzaban en el aire. Por un momento hubo silencio y mi preocupación fue en aumento mientras esperaba que los estornudos comenzaran. Quizás las alergias no sean tan malvadas, pero realmente no quería dañar a nadie.



Sin embargo, en toda la selva no se escuchó nada. Ni un solo estornudo o lamento.

—Jengo, ¡me salvaste!

—Yo te puse en peligro —respondí avergonzado—. Sigo siendo malo.

72

—Alguien que es completamente malo no se hubiese arriesgado por un amigo.

Volví a verla. Asali sonreía. Y después del caos, yo también lo hice.

## Epílogo

Han pasado varios días desde aquel episodio. Mi plan de causar estornudos no funcionó muy bien. En realidad, fracasó estrepitosamente. La máquina estaba ubicada muy lejos de los animales como para causarles alergia. El resultado, en cambio, fue mejor de lo esperado. Alrededor de mi casa florecieron cientos y cientos de flores de todos los tamaños y colores. Cada vez que salgo de casa, me sumerjo ahora en un mar de aromas deliciosos. Asali lo disfruta como nadie.

A propósito de ella, después de la explosión de mi máquina conversamos. Yo

me disculpé y, para mi sorpresa, ella también lo hizo. Al parecer, una discusión o un malentendido no es el fin de una amistad. Creo que todavía tengo mucho por aprender, pero considero que podré hacerlo con la ayuda de Asali.

74

Cambié los vendajes de mi patita lastimada. Tuve suerte de que esa roca solo rompiera una de cuatro. Duele, pero estoy seguro de que no tardaré en sanar.

—Jengo, tenemos visitas —dijo Asali.

—Ya voy —respondí sonriendo.

Al salir me encontré con Chungu, el oso hormiguero, y otros animales que yo no conocía. Desde aquel día, algunos se han acercado para observar las flores. A veces intentan huir al verme, pero Asali los detiene y les cuenta que es mi amiga. Además, sé que en secreto les ha dicho cómo la salvé. Claro está, pasando por alto el

propósito original de mi máquina. Si ellos supieran eso me temerían aún más.

Esto ha causado que su opinión sobre mí cambie y que me vean con otros ojos. Ciertamente no todos en la selva piensan de la misma manera y hay algunos que todavía me temen. Pero poco a poco dejo de ser conocido como un villano malévolo.

75

Un día, Chungu me sonrió y me mostró sus patas delanteras. Estaba usando unas bolsas creadas con un material humano. Salté hacia él y le di la pata.

—¡Hermano de almuerzos! —gritó contento.

Él y otros animales, como Asali, me miran y son capaces de ver más allá de mi color y mi veneno. Y así, finalmente, vivo lo que solo había soñado: tengo amigos.

Cuando cae la noche y las luces del cielo han salido, los animales que nos visitan se

retiran. Asali duerme en su lecho y yo sigo leyendo una y otra vez aquella infame lista que una vez escribí.

La palabra *malo* ya no me describe; y, para ser honestos, nunca lo hizo. Sin embargo, tampoco quiero que me llamen *héroe*. En realidad, ya no quiero que otros animales sean quienes decidan *quién* soy. Así que tomé por última vez mi piedrita, la mojé en mi baba y escribí:

«Jengo:

1. Horrible Guapo
2. **NO** temido
3. Triste Feliz
4. **CON** Sin amigos
5. ~~Malo~~ Inventor»

FIN





# Alejandra Osorio

Autora

Nacida en Guatemala, Guatemala, en 1993, es escritora y educadora. Se graduó de maestra en educación primaria urbana en el Instituto Belga Guatemalteco. Luego obtuvo el título de Licenciada en Comunicación y Letras en la Universidad del Valle de Guatemala en 2015





# Herber Crispin

Ilustrador

Herber Crispin. 1981. Guatemalteco. Graduado de la Universidad de San Carlos de Guatemala en 2009 como diseñador gráfico. Ocho años de experiencia en ilustración digital profesional. Pinta en óleo y experimenta con la tinta china. Ganador del primer lugar con la ilustración de "El principito" Concurso realizado por Alianza Francesa 2015. Catedrático universitario de técnicas digitales y creatividad.



# Índice

I	.....	11
II	.....	27
III	.....	35
IV	.....	45
V	.....	57
VI	.....	67
<b>Epílogo</b>	.....	<b>73</b>



+10

## Otros títulos de la serie

**Antonio González**

La tienda de miedos del señor  
Roque

**Laura Arévalo**

El mes del viento

**Yasmin Sosa**

Unas vacaciones de aventura

**César Yumán**

Roboniño

**Alejandro Sandoval /**

**Mynor Álvarez**

Las Aventuras de Zotman y  
Zotboy

**Marcela López**

Aventureros

**Marvin Monzón**

Las Musarañas

**Stephanie Burckhard**

Diario de una exploradora



+12

## Otros títulos de la serie

**Eddy Imeri**

Sussy y el reloj de poluo  
cósmico

**Gabriel Woltke**

Aculaxia

**Eugenia Valdez**

Los libros prohibidos

**Anne Thomae**

De cómo me fui a todas partes

**Diego Ugarte**

¿Cuándo vendrá el abuelo?

**Antonio González**

Las cartas de la tía Fagot



## Aquí acaba este libro

escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso  
por personas que aman los libros.

Aquí acaba este libro que tú has leído,  
el libro que ya eres.

+10

## Jengo el malo

Alejandra Osorio

Ilustración: Herber Crispin

Casi todo el mundo se deja llevar por las apariencias. Para algunos, el aspecto físico es lo más importante. Jengo es una rana venenosa que ha sido tildada por muchos como un villano. Ha intentado hacer amigos de muchas maneras, pero siempre ha fracasado. Por ello, Jengo se ha convencido de que no le queda más remedio que ser el malo de la historia, como los demás piensan. Sin embargo, de manera inesperada, la aventura que emprende lo lleva a darse cuenta de que en verdad tiene un buen corazón, y que lo demás es mera apariencia.

[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

